

vez entre las amarguras de sus corazones. Si no salimos siempre del combate sin heridas y sin caer, tampoco dejaron de contar ellos muchas horas de tristeza. Sólo en una cosa se diferencian de nosotros, y es que, después de caer, nos desalentamos, y perdemos inmediatamente la esperanza, mientras que no hubo para ellos fortuna adversa que pudiera vencer su constancia. Cuando caían, se levantaban; jamás desesperaban, y alegres y con nuevo valor, comenzaban nuevos combates. Por eso, á pesar de su debilidad igual á la nuestra, no hubo fuerza que pudiera arrebatarles la recompensa final que da el justo Juez á todos los que hasta el fin han sostenido el buen combate.

CONFERENCIA XXII

DEL ORDEN

1. **El orden es la ley de la naturaleza y de la belleza.**—Misteriosa, dijéramos mejor, maravillosa es la impresión que produce en el hombre la vida del mundo de los animales. En silencio y sin perplejidad, sabe encontrar el pájaro la materia más á propósito para hacer sus primorosas y artísticas obras, que no han podido imitar las manos de los hombres. Saben adaptar cada medio á su circunstancia particular con una perfección ante la cual se inclina nuestra inteligencia. La sabiduría de la legislación humana no ha podido alcanzar, ni de lejos, el orden que reina en los estados de las abejas y de las hormigas. Sin equivocarse jamás, halla el gallo el momento de cantar la hora de despertar. «El milano en el cielo conoció su tiempo, y la golondrina y la cigüeña aguardaron la época de su venida». ⁽¹⁾ Nos sucede á veces que dejamos el lecho, inquietos por la suerte del compañero que anima con su canto la soledad de nuestro pequeño estudio. De repente nos ha despertado en la noche la violenta agitación de sus alas; no sabemos por qué, pero con gran satisfacción nuestra, lo encontramos sano y salvo.

¿Qué ha pasado? Pues, sencillamente, que se ha apoderado de él el instinto de emigración: Aunque haga años que está prisionero, no ha olvidado que en este mismo día debe emprender, con sus compañeros, largo y peligroso viaje á lo largo del mar Terreno. Lo mismo sucede á todos los animales. «Conocen su tiempo y su fuerza; siguen su destino: se someten á un gran pensamiento con necesidad

(1) Jeremías, VIII, 7.

involuntaria, es cierto, pero con seguridad infalible; así es su instinto, porque el que se lo dió es el que ordena todas las cosas con medida, número y peso». ⁽¹⁾

No hay corazón sano que pueda substraerse al encanto de ese orden maravilloso que existe en toda la naturaleza no libre. Donde cada cosa ocupa el lugar que le corresponde, y obra según la medida de su capacidad, con otras potencias que están junto á ellas ó sobre ellas para obtener éxito completo; donde conoce cada uno su deber, y lo cumple con exactitud matemática, sin pecar ni por exceso ni por defecto; donde en perfecta armonía se unen el tiempo, el lugar y las circunstancias; donde en exacta proporción se corresponden la acción y la energía; donde con toda precisión se han calculado los medios y el fin respectivamente; en una palabra, donde hallamos el orden, sentimos que se ha realizado lo que exigimos como condición de la belleza, experimentando la impresión que despierta constantemente en nosotros la verdadera belleza; nos consideramos satisfechos. Comprendemos que son necesarios para toda sociedad la igualdad entre el cargo y la data, la subordinación y la dirección del trabajo, el buen humor y las mutuas consideraciones. No dudamos que «va á la ruina un reino que está desunido, y que no pueden tener existencia durable una ciudad ó una casa donde reina la discordia». ⁽²⁾ Sabemos perfectamente que el calificativo más duro que se puede dar á un país en que reina la confusión, es que está desordenado. Porque ciertamente, la tierra en que no hay orden, es forzosamente tierra de tinieblas y de miseria, en que habitan las sombras de la muerte y de sempiterno horror; ⁽³⁾ es país cuyo sólo pensamiento nos hace estremecer.

2. El hombre aplaude el orden y ama el desorden.

—Tenemos, sin embargo, aquí una de esas curiosas contradicciones de que está lleno el mundo. No comprende la

(1) Sabiduría, XI, 12.

(2) S. Mateo, XII, 25.

(3) Job, X, 22.

creación privada de razón lo que significa la palabra orden. Pero desde las elevadas esferas en que los antiguos presintieron ya la armonía, hasta la multitud de seres vivientes que se hallan en la gota de agua y que nos llenan de asombro forman tal himno de maravillosa armonía su movimiento y su actividad, que no puede igualarlo la frase más bella del artista más ilustre. El hombre encomia el orden; llénase de entusiasmo, cuando llega á descubrir de él la más ligera apariencia; lo exige como esencial á su seguridad y á su reposo; y se complace en turbar sus sagradas armonías.

¡Qué horroroso el inhumano placer que en la agitación y en la revuelta hallaron aquellos hombres de los tiempos antiguos que llamamos Eróstrato, Catilina y tantos otros que vivieron en épocas posteriores! Nos obliga la verdad á confesar que, á su modo, no es menos punible que las tentativas de destrucción que practican en más vasta escala cierta clase de hombres, ese salvaje instinto de destrucción que notamos ya con espanto en los niños que hacen pedazos y no pueden conservar íntegro la que por desgracia llega á sus manos. El empleado público, el militar que reprime con inexorable severidad las más pequeñas perturbaciones del orden, y que él mismo es ejemplo vivo del orden, no piensa quizá que la negligencia intencional de la regularidad en el círculo de la familia, es tan gran falta como lo sería en el cargo que desempeña. Con dificultad organiza su casa según los principios de orden, la aristocrática dama que para sí misma es modelo de exactitud; y el marido, que en este particular tiene muy fundados temores, quizá ni en sus negocios, ni en sus intereses, tiene el orden que desea para su casa. Y ¿quién es capaz de decir los males que por desgracia llevan consigo desórdenes semejantes? Temblamos al anuncio del más pequeño trastorno en el orden de la naturaleza; y, sin embargo, son desarreglos sin importancia, la mayor parte de las veces limitados á un círculo estrecho, y pronto reparados, llámense tormentas, tempestades, temblores de tierra, que calcula con tan-

ta sabiduría y ordena con miras tan sabias como el curso ordinario y regular de las cosas, el que en su mano tiene todo el universo.

Pero la vida del hombre, considerada, ya en el Estado, ya en la ciudad, ora en la familia, ora en la vida pública, nos presenta tantos desórdenes, y á veces desórdenes que abruman, que escandalizan, que piden venganza, que casi podría considerárselos como generales. No hay más que dar á esas alteraciones del orden el nombre que les conviene, llamándolas sublevaciones, guerras, enemistades, atentados á la conciencia y á la Religión, seducciones, perturbaciones de las familias, etc. etc., para comprender inmediatamente que sólo del mal pueden proceder y sólo al mal pueden conducir esas diferentes faltas de orden.

Mas donde principalmente se deja notar la falta de orden es en la vida moral interior. No queremos juzgar con severidad exagerada, ni marcar con el sello de enormes pecados todos los desórdenes que en ella se producen. Se siguen de ahí inconvenientes gravísimos de que todos creen que pueden dispensarse fácilmente, y que en verdad no pueden juzgarse con la misma severidad en todos los hombres. Con la palabra imperfecciones, se ha hallado para ellos un paliativo con que se excusan á veces grandes culpas que son algo más que debilidades, y que hasta podrían llamarse crímenes. Aunque no hubiera nada peor que la debilidad, ni hubiera grandes pecados en esos desórdenes, esto sólo bastaría para merecer el nombre de hombre imperfecto el que no los tuviese en cuenta. Y puesto que de ahí partimos para conocer todo lo que se exige para llegar á ese hermoso fin de la perfección moral, no podemos dejar de volver toda la atención á esos defectos.

3. El verdadero orden exige que se considere cada uno como su prójimo.—Exige desde luego el orden que considere cada uno á su prójimo como á sí mismo, y que con respecto á los demás se conduzca como consigo mismo, y como quisiera que lo trataran á él. ⁽¹⁾ La medi-

(1) S. Mateo, XXII, 39; VII, 12.

da del amor de los demás está en el amor que se tiene á sí mismo cada uno. Quien se ocupa primero en cosas extrañas, pasando después á ocuparse en sí mismo, si le queda tiempo, viola evidentemente las justas proporciones del orden. La enojosa manía de querer corregir á todo el mundo, de contemplar constantemente la paja que lleva el vecino en el ojo, y de no considerar la necesidad que tiene de enmendarse; esa manía, de difícil curación, especialmente en los que parece que tienen la misión de ocuparse en los abusos que corren por el mundo y en los demás, no es ciertamente simple debilidad; es algo más, es verdadero y grandísimo defecto, tan perjudicial á nosotros como insostenible á los demás, siendo por lo menos, pérdida de tiempo. ¿Quién puede hacer mejor al que no quiere penetrar en su propio corazón? ⁽¹⁾ Jamás será completo el que no comprenda que, entre todas las criaturas, él tiene el deber de sacar el mejor partido posible de sus ensayos de mejoramiento.

4. Orden del tiempo.—Quizá pueda alguien evitar ese desorden; pero, dirigiendo la vista á sí mismo, no puede encontrar tiempo á propósito. Entre los eternos cuidados que lo agitan con respecto á un porvenir que no está todavía en su poder; entre las incesantes acusaciones que lanza contra él un pasado que ya no volverá, no trata de utilizar el presente, el único tiempo de que es dueño, y en que podría borrar fácilmente todas las manchas de sus errores precedentes trabajando en prepararse un porvenir mejor. Y aun puede suceder que, cuando haya comprendido toda la importancia de prestar atención á un presente que huye sin cesar, no sepa aprovechar el oportuno momento de ese presente. «Todas las cosas tienen su tiempo; hay tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de ganar y tiempo de perder; hay tiempo del deber y tiempo del placer, tiempo del servicio de Dios y tiempo del servicio del amo, tiempo de la oración y tiempo del trabajo». ⁽²⁾ En to-

(1) Eclesiástico, XIX, 5.

(2) Eclesiastés, III, 1, 4, 6.

do conocen los animales el tiempo conveniente; saben cuando han de irse y cuando han de volver; saben observar la oportunidad del tiempo que los invita á descansar y á levantarse para emprender nuevo trabajo, y cantar las alabanzas del Criador. Saben cuando están hartos, y en ninguna manera se les podrá obligar á tomar un poco más de alimento, cuando ya no tienen necesidad. Cierto es que debe ruborizarse el hombre, que con frecuencia no sabe guardar verdadero orden en todas sus cosas, cuando llegan á la verdadera exactitud las criaturas que no tienen razón.

5. Orden del valor.—Surge enseguida un nuevo peligro, que podríamos llamar «el desorden en la medida y en el peso». Me refiero á aquellos que exageran el valor de todo, excepto de lo que merece particular estima. «Saben las señales de los tiempos», ⁽¹⁾ pero jamás aprenderán á conocer las señales de su propio corazón, y, si alguna vez lo hacen, es como aquel que «se mira en un espejo, y después de mirarse, se va, y en la misma hora se olvida de lo que fué». ⁽²⁾ Me refiero á aquellos que «limpian la parte exterior del vaso y del plato, é interiormente olvidan lo más importante, la justicia, la misericordia, la fe». ⁽³⁾ Me refiero á aquellos que ponen la limpieza de los vestidos sobre la pureza del alma; á aquellos que jamás pueden entrar en sí mismos, por las continuas solicitudes de las cosas temporales y de los intereses y negocios de familia. Todo esto, es cierto, forma parte del deber, tanto lo uno como lo otro; pero cuando está una cosa en su lugar, no debe otra suplantarla.

En cuanto á la importancia, debería colocarse en primer lugar la que sirve para apreciar el valor de todo lo temporal. Así como el cuerpo tiene menos importancia que el alma, así lo eterno es la medida de lo temporal. No puede ser esto tomado en consideración, según la disposición exigida por el orden, sino en cuanto es útil para llegar á

(1) S. Mateo, XVI, 4.

(2) Santiago, I, 23, 24.

(3) S. Mateo, XXIII, 25, 23.

lo que no pasa. Seguramente es necesario tener orden en la administración de una casa y en el manejo de los libros; pero no hay duda que todo eso es secundario ante el deber de llevar cuenta exacta con nuestro interior. No hace mal quien se inquieta por la marcha que sigue el mundo; pero es más importante que sepa dónde están sus hijos, sus sirvientes y los individuos todos de su familia. Hermosa es la elegancia en los vestidos y en el menaje de la casa; pero es mucho más necesario, mucho más hermoso evitar toda falta personal y hacer todos los esfuerzos para adornar el alma con todas las virtudes. En todo esto tiene vasto campo la inteligencia del orden.

6. Orden del estado.—Entramos en un nuevo desorden que es pariente próximo del anterior. Es el desorden relativo al estado. Hay familias en que merece todo aprecio cada uno de los miembros considerado aisladamente. Sólo que se desearía no verla pertenecer al todo del que debe formar parte. El marido es un ciudadano fiel á sus deberes; no halla esfuerzo difícil, cuando se trata de su profesión; pero no sabe atender á su casa. La esposa, excelente mujer de gobierno y tierna madre, tiene la única debilidad de no saber conducirse bien con su esposo para que la trate éste como vaso más débil, al cual se debe todo honor y todo miramiento; ⁽¹⁾ ni con su hijo, que se cree con derecho á que prepondere su voluntad y no las de su hija. Los dos serían personas completas, si aprendieran á rectificar esa falta de orden.

Es inútil observar por más tiempo que si los hijos no ponen la obediencia por encima de todo, si obedecen, no por sentimiento del deber, sino porque sí, por su propia voluntad, á aquel de sus padres que más les agrada y en las cosas á que se sienten con particular inclinación, lejos de merecer alabanza de hombres completos, no son ni aun dignos de que se les llame buenos hijos, porque faltan á una de las primeras obligaciones. No habría aquí desorden, pero sí simple y molesta violación del deber.

(1) I S. Pedro, III, 7.

Exige también el mandato del orden que sin réplica se someta el que está obligado á la obediencia; que el que manda, no permita que le arrebaten la autoridad de las manos; que el que tiene obligación de dirigir, tenga abiertos los ojos sobre aquello de que puede ser responsable y no confíe el cuidado á manos extrañas.

Cuantos conocen el mundo, saben perfectamente que en estas cosas hay más de un desorden que rectificar.

7. Orden de medios y de fines.—Pero entre todas las perturbaciones del orden, la más frecuente y la más difícil de curar es la confusión de los medios y del fin. Siendo el fin de la medicina procurar la salud, es evidente que es un absurdo que comete quien hace fin del medio, no pudiendo estar un día sin médico y sin medicina. Conformes están en este punto la mayor parte de los hombres, á lo menos, cuando se lleva á tal extremo el desorden, que no se llega á alcanzar el fin último, el restablecimiento de las fuerzas perdidas. Pero ¡cuántos ejecutan lo mismo exactamente en la vida ordinaria, sufriendo las mismas consecuencias! Exige el orden que se sacrifique algo de tiempo para emplear mejor los instantes que vienen después; es necesario dar un poco de descanso á las facultades para fortalecerlas para nuevo trabajo, porque hay que considerar como una medicina el reposo, ó la recreación moderada. Dejar reposar las facultades hasta que queden enteramente frías, gastar en bagatelas un tiempo precioso, y permitir que la recreación, cuyo fin es encender un nuevo celo, mate todo gusto por el trabajo, es trastornar las verdaderas proporciones. En esos diferentes casos, con frecuencia, es difícil conocer el desorden, y más difícil hacer que desaparezca.

¡Cuántas veces tienen lugar semejantes desbarajustes en la comida y en la bebida, en las visitas, en las conversaciones, en los juegos, en las tertulias, en las lecturas y en los paseos, en los intereses y en los gastos, en los vestidos, en los adornos y en el gobierno de la casa! Es completo el desorden, si no están subordinados los medios á un fin ra-

cional, como debieran estarlo; si llegan á ser ellos mismos el fin; si son obstáculo para el propio fin, destruyéndolo completamente. ¡Y cuántos son los que para nada se preocupan con este defecto capital! ¡Podría creerse que es su inclinación favorita aquello con que tanto molestan ó escandalizan á todo el mundo, y que pretenden tener derecho para decir que «puede muy bien tener una pasión el hombre!»

8. Por el orden adquiere la virtud, mérito, amabilidad, belleza.—En la mayor parte sufren menoscabo el mérito y el valor de la vida humana; ó aparecen en alguna de sus virtudes, á lo menos algunos defectos poco considerables, que reconocen diferentes causas: ya son faltas propiamente dichas, que con facilidad se excusan en sí mismos y deploran amargamente en los demás, ya son supuestos caprichos, que en realidad no son con frecuencia sino imperfecciones, pero que en algún sentido son siempre desórdenes. Donde falta el orden, falta el encantador atractivo de lo bello, ⁽¹⁾ y aparece la impresión del disgusto, porque la naturaleza del hombre está hecha de tal modo, que le agrada el bien, si se presenta con apariencias de lo bello, pues tiene especial é indestructible inclinación á lo bello.

Con frecuencia se toma el mal por el bien únicamente á causa de la belleza. Muchos no leerían un libro malo, ni una poesía menos delicada, si no estuvieran revestidos de formas seductoras. En nuestros Museos volverían la espalda millares de visitantes á esos cuadros y á esas estatuas que llevan en sí la muerte, si un arte corrompido no hubiera tenido la idea de cubrir á esos asesinos de la inocencia imprudente con el engañoso velo de la belleza. Por desgracia, no aprecian siempre la fuerza irresistible que posee lo bello, los que con la pluma ó con el pincel se ponen al servicio de la verdad ó de la virtud. ¿Y podemos creer que no habría millares de personas que preferirían la vida á la muerte si se presentaran á los hombres el bien

(1) Aristóteles, *Metaph.*, 12, 3, 11.